

HOMBRE VERDADERO

Jésus dit : "Heureux l'homme qui s'est soumis à l'épreuve, il a trouvé la vie".

L'Évangile selon Thomas, Logion 58.

El hombre verdadero al morir crea la libertad en la certidumbre que trasciende la imposibilidad de ser hombre, de la realidad de ese ser, árbol que se yergue entero sobre sus raíces múltiples y contradictorias, José Lezama Lima, árbol único y como él, idéntico ya, a sí mismo, más allá de él mismo, como atravesando su vida hacía entrever y enteramente sentir y saber. Árbol único plantado en el campo donde lo único florece. Y así lejos de ocultar trae con su presencia la presencia de los árboles únicos, de los animales únicos, de los seres únicos que se nos hayan ido dando a ver y aún la de algunos que sólo nos habían rozado con su clara sombra.

(Surge y sube la luz como una palma real. La palma que en el breve atardecer se mece levemente por ligereza y no por veleidad como respuesta de su médula blanca en la que se cria un corazón al rayo de luz verde que no siempre la mirada alcanza a ver cuando el sol de fuego se ha hundido en la mar.)

Muerte auroral de comunión de evaporada escondida forma, de forma pura más allá de su promesa. Por minimamente que ofrezca-comunión, en ella se anegan esperanza y promesa, presencia de lo inacabable y que a ello remite sin poso temporal : no hay un después y el maleficio del futuro queda abolido. Ni tan siquiera es *ahora*, vencido el fluir temporal, y el *siempre* tampoco acecha con su engaño como sucede en los momentos de la historia, de los éxtasis de esos claros

de la historia y en los éxtasis del historizado amor.

Memoria, sí. Todo era memorable desde el principio. Ya que el principio en lo humano se hace memorable arriesgando perderse en su cauce como el océano que entra en el río y tiene luego que salir en hilillos de agua que a la mirada se le pierden, que se escapan de la inmediata visión huyendo de todo calculo para ir a formar manantiales diferentes, araña que rodea la tierra y teje desde dentro la tela que contiene y envuelve al caos y ese fuego que devora, que atraviesa el mar de llamas y permite al hombre inevitablemente arrojado a él, transitarlo, encontrar el sutilísimo paso y todavía en la vida inmediata ir memorizando el verbo.

Memorizaba el verbo Lezama Lima, araña que extraía de su propia sustancia el hilo inasible, la intangible memoria que reproduce en los aires el laberinto que hace permisible habitar el lugar justo del guardián de los inferos mirándolos sin desafío, con la necesaria « fijeza ». Ser en la fijeza sin enamoramiento.

Y así se libró sin esfuerzo de ser un hechicero, de hechizarse él mismo con el verde de su propia mirada habiendo sabido de antemano que la « physis » tiende en sus singulares dones la insinuación del ejercicio de ese poder terrorífico de la belleza (o paralizador al menos), fundamento del hechizo adueñándose de la memoria que prisionera crea o finge ciénagas inacabables,

con su flora y fauna inverosímil en la atmósfera que sólo ellas respiran. Fingido paraíso irrespirable, agua y pan negados desde el principio. La memoria hechizada se enreda sobre sí misma aprisionando su contenido ancestral sustraído sin duda a un paraíso primero y subsistente que el guardián en su fijeza dará solamente en meditación. Una meditación es el «Paradiso» de Lazama Lima, una meditación sobre el principio en el tránsito en que se hace origen, sobre el Padre y la Madre donde el laberinto del hijo se aclara, se ha ido aclarando en la memoria comprendida la inevitable historia y el historizado amor. Y él, que apenas respirar podía, estigma de la physis, daba respiro desde el lugar del origen. Y aún en la vida inmediata desde ese «Orígenes» donde la palabra en su aire propio llamaba sin engaño a las palabras librándolas a ellas y a sus dadores del «Enemigo Rumor»: de la falacia, empezando por ese enemigo rumor de las entrañas confinadas y de sus espejismos. Y que la araña de la memoria se instale arriba, negra memoria sin origen, raíz desprendida, ciega habitante de la soledad encenagada. Sólo el verbo en el hombre verdadero se memoriza.

La fijeza no se hizo nunca columna ni ninguna otra figura de la ostensible fortaleza. Y los límites que establecía su meditación no quadaban señalados por la piedra que funda. Sabía desde el principio que si la poesía sigue las leyes de la arquitectura se hará sierva de ella en vez de enseñorearla, señorío irrenunciable para el poeta que sabe que no se le dará nunca más que en su propio reino. Si Orfeo con nítido lamento no ahogado, dicen, quedó condenado por alguna maldición desconocida de Apolo, dios de la luz y de la poesía, queda el Angel, decimos. Mas no se quedó propiamente sino que surgió de los abismos de la luz. Y así la fijeza del guardián custodiaba los secretos pasos del agua de la luz, de la palabra en el laberinto donde podía quedarse aprisionada para siempre. Y el agua, sustancia de todas las cosas vivientes, evaporarse en el fuego oscuro que sale de la tierra, madre enconada por la ofensa del padre y del hijo endiosados, falsos dioses escapados de sus entrañas o arrancados a ellas cuando no

habían alcanzado rostro aun. El fuego reacio al aire y que nunca llegará a ser aliento si el poeta guardián no lo conduce a ser llama dándose él mismo en ella, si es preciso como salamandra que danza y se escapa luego en el aire y en la luz. La fijeza ha liberado la movilidad de los elementos, «raíces del ser», para que la sustancia y la palabra se manifiesten sin desarraigarse. Y el hombre como árbol único alcance su verdad última. Lo inmóvil crea el ordenado movimiento. Y el centro de la rueda del mundo es una quieta acción. Lo que por una vía no aristotélica, Lezama supo viviéndolo en su meditación incesante. Orfico-católico en diversas e indelebles formas se confiesa, se dice más bien, pues que su conciencia se templaba en un incesante bañarse en el «Agua Ignea»:

*Un agua salta,
quema las conchas y las raíces.
Tiene de la hoguera y del pez,
pero se detiene y nombra el aire,
llevándolo de choza en choza,
quemando el bosque después de las danzas
que se esconden detrás de cada árbol.
Cada árbol será después una hoguera que
hablara.
Donde el fuego se retira salta la primera
astilla del mármol.
El Agua Ignea demuestra que la imagen
existió primero que el hombre,
y que el hombre adquirirá? ¿dónde?
(Las siete alegorías en la revista *Golpe de
Dados*, VII Colombia).*

Y el Angel de la fijeza «es más que nada un movimiento, él ha de abrir paso al agua ígnea que hace de cada árbol una hoguera que habla» y él lleva el aire al que ha dado nombre de choza en choza. Sin él, el poeta que no nombra el Angel se queda haciéndolo con su mirada fija en la que su propio ser se despliega, se escabona sin salirse de la quietud, sin romperla, atravesando los diversos planos de lo real y de lo que quiere serlo, de lo que va a serlo; de lo que en la infinitud será; la infinitud y no el futuro calculable. Guardián de lo que ha dejado de ser cuando iba a serlo para que entre a través del paso cegado, abriéndolo con el pensamiento que

se prosigue en sueños. Mirada-pensamiento enclavada en el lugar privilegiado del sueño donde la imagen que aguarda a cada sustancia real, al hombre mismo, al hombre sobre todo, responsable ante ella porque la vislumbra.

Y así el poema se sostiene, haciéndose responsable ante la imagen de cada ser a medias nacido, y de la suerte de la imagen que aguarda ser habitada, convertirse en « forma sustancial ». A pesar de que la vía órfico-católica por él seguida no pase por la vía aristotélica roza sin detenerse la platónica; no las ignora ni las opone una incompatibilidad de « doctrina y que a hacerse doctrina él no va ». Retoma el interrumpido avatar de Orfeo, se detiene al pie del arco oculto, recoge el hilo que no salió del laberinto, sirviéndose de una Ariadna menos ávida que la Ariadna mitica, y que al ser abandonada no llora invocando lo perdido; no la engañada por el héroe en su reivindicativa fogosa pasión, que luego se enrosca al héroe para ascender. Es la Ariadna que en el mito de plurales sentidos asciende a solas a ser pensamiento. Para que allá en la infinitud al hombre encomendada y no solo prometida la imagen sea memoria-pensamiento, se vaya dando la encarnación, la sustancialización de la imagen en la que lo amorfo de la sustancia se redime y su muerte inevitable se encamine así a la resurrección.

Dice : « Condenado el poeta a que su metáfora suprema sea la resurrección, es la gratuidad y la exigencia, allí donde todo se

nos regala y todo se nos quita ». — El árbol quemado en la hoguera y que luego habla es así la imagen del poeta, árbol que hunde sus raíces en lo hondo y oscuro de la Tierra, persistente Perséfone, gratuita como madre, devoradora como esposa, aprisionada en los inferos. Perséfone, centro oscuro de la llama, redimida hermana del poeta, se consume en la hoguera que habla como espejo de resurrección. — La Zarza Ardiente ¿ fuente quizás del « Agua Ignea » ?

El agua ígnea que « tiene de la hoguera y del pez — pero se detiene y nombra el aire », se nos figura que sea el Mar de Llamas en el que se baña una y otra vez junto con los Dioses el Hombre Verdadero y a la vez el río que los deposita al borde de la Zarza Ardiente del Dios único, que abrasará los Dioses que le rendirán su esencia. Y hará del Hombre llama suya dándole una muerte aurora, señal del sacrificio aceptado.

*« Oh luz manifestada
que iguala el ojo con el sol. »*

María Zambrano
La Pièce-Crozet.
12-16 de agosto 1976.

María Zambrano habite Gex, entourée de ses chats. Lezama Lima lui a dédié son poème-testament comme à sa grande amie. Philosophe et poète, elle a écrit plusieurs essais et un admirable « Tombeau d'Antigone » où elle médite sur l'acte de se laisser mourir.